



*Yo,
Jennifer Strange,
la última
cazadragones*

JASPER FFORDE

Con solo quince años, Jennifer Strange es la precoz directora de Kazam, una agencia de colocación para magos y adivinos que está al borde de la bancarrota, ya que el trabajo es escaso y poseer el don de hacer sortilegios parece no importar a nadie; antes gozaban de los favores de los reyes y ahora, los brujos desatascan tuberías y reparan instalaciones eléctricas. Jennifer, huérfana y criada en un convento, debe tratar día tras día con todo tipo de magos, especialmente los más egocéntricos y quisquillosos. Sin embargo, algo está cambiando. Algunos adivinos empiezan a tener premoniciones acerca de un último dragón, y en el ambiente se intuye un nuevo aliento: la llegada de una magia extraordinaria, al tiempo que el nombre de Jennifer Strange comienza a habitar los sueños de los magos.

Para Stella Morel
1897-1933
2010-
La abuela a la que nunca conocí
La hija a la que sí conoceré

En otros tiempos fui famosa. Mi cara apareció impresa en camisetas, chapas, tazas y pósteres conmemorativos. Salí en noticias de portada, en la tele y hasta participé como invitada especial en el programa de televisión de Yogi Baird. *The Daily Clam* me definió como «la adolescente más influyente del año» y el *Mollusc on Sunday* me nombró mujer del año. Dos personas intentaron matarme, se me amenazó con la cárcel, recibí dieciséis proposiciones matrimoniales y el rey Snodd me declaró proscrita. Todo eso, y mucho más, en apenas una semana.

Me llamo Jennifer Strange.

Magia práctica

Daba la sensación de que iba a hacer aún más calor por la tarde, justo cuando el trabajo se estaba poniendo más difícil y requería mayor concentración. Pero el buen tiempo nos proporcionó, por lo menos, una ventaja: con aire seco, la magia funciona mejor y vuela más lejos. La humedad produce un efecto moderador en las Artes Místicas. Ningún brujo digno de sus centellas ha logrado jamás algo productivo en días de lluvia... lo cual explica, probablemente, por qué en otros tiempos se consideraba fácil empezar un aguacero pero era casi imposible detenerlo.

Ya hacía unos cuantos años que no podíamos permitirnos una limusina, así que los tres brujos, yo y la alimaña nos apiñamos en mi Volkswagen color naranja y óxido, pero sobre todo óxido, para recorrer la corta distancia entre Hereford y Dinmore. Lady Mawgon había insistido en ocupar el asiento del copiloto «porque lo digo yo», lo cual significaba que el Mago Moobin y el fornido «Full» Price iban en el asiento trasero con la quarkimaña, que resoplaba por el calor, sentada entre ambos. Conducía yo, lo cual habría parecido insólito en cualquier parte menos aquí, en el Reino de Hereford, que era el único de los Reinos Desunidos en el que el examen de conducir se basaba en la madurez de los candidatos, no en la edad. Esto explicaba que yo tuviera el carné desde los trece, mientras que había tipos que aún no habían conseguido aprobar a los cuarenta. Y menos mal que yo sabía conducir, porque los brujos suelen distraerse con facilidad y permitir que con-

duzcan ellos es tan seguro como blandir una motosierra a velocidad máxima en una discoteca abarrotada.

Teníamos muchas cosas de las que hablar: la tarea que nos habían encargado, el tiempo, los hechizos experimentales... y si nada de eso funcionaba, siempre podíamos recurrir a las a veces excéntricas costumbres del rey Snodd. Pero no hablábamos de ninguna de esas cosas. A pesar de que Price, Moobin y Mawgon eran nuestros tres mejores hechiceros, hay que reconocer que no se llevaban precisamente bien entre sí. No era nada personal, es que los brujos son así: temperamentales y bastante propensos a sufrir ataques de petulancia que cuesta mucho tiempo y energía apaciguar. Llevar las riendas de Kazam no tenía mucho que ver con hechizos y encantamientos, diplomacia y temas burocráticos, sino que era más bien cuestión de saber tratar con niños. Trabajar con los entendidos en el arte de la magia resultaba, a veces, tan complicado como intentar tejer algo con espaguetis húmedos: justo cuando una cree que está a punto de conseguirlo, se le desmorona todo entre las manos. Pero si he de ser sincera, no me importaba mucho. ¿Resultaban desesperantes? Muy a menudo. ¿Resultaban aburridos? Jamás.

—Te agradecería que no hicieras eso —dijo Lady Mawgon, molesta, mientras lanzaba una mirada de reproche a Full Price, el cual se dedicaba a convertirse a sí mismo, durante un lento y controlado proceso de transformación, en morsa y luego en ser humano otra vez. La quarkimaña lo observaba con una expresión de perplejidad y después de cada transformación, un desagradable tufillo a pescado se adueñaba del reducido habitáculo. Menos mal que las ventanas estaban abiertas. Para Lady Mawgon, quien en otros tiempos había sido Bruja de la Realeza, las transformaciones en público no eran más que el distintivo de la gente sin educación.

—Gruf, gruf —dijo Full Price, que intentaba hablar mientras aún era una morsa, lo cual no suele dar nunca buenos

resultados—. Me estoy afinando —añadió, indignado, una vez desmorsificado o rehumanizado, según como se mire—. No me digas que a ti no te hace falta.

Tanto yo como el Mago Moobin contemplamos a Lady Mawgon, deseosos de saber cómo se estaba afinando ella. Moobin se había preparado para el trabajo jugueteadando con las letras impresas del *Hereford Daily Eyestrain*. En el tiempo que había transcurrido desde que habíamos salido de la oficina, apenas veinte minutos, había completado el crucigrama. En sí, no tiene nada de extraño, ya que el crucigrama del *Eyestrain* no suele ser difícil, pero lo había hecho utilizando letras impresas de otras partes de la página, que había arrastrado sirviéndose tan solo del poder de la mente. El crucigrama estaba terminado, más o menos correctamente, pero Moobin había dejado un pelín incoherente un artículo en el que se informaba de que la reina Mimosa iba a apadrinar la Asociación de Viudas de las Guerras de los Trolls.

—No estoy obligada a responder a tu pregunta —contestó Lady Mawgon en tono altivo—. Y lo que es más, detesto la palabra «afinar». Es *quazafucante* y siempre lo ha sido.

—Hablar en el lenguaje antiguo nos hace parecer arcaicos y distantes —objetó Price.

—Nos hace parecer lo que se supone que somos —replió Lady Mawgon—, gente de noble profesión.

«De profesión en otros tiempos noble», pensó Moobin, divulgando sin darse cuenta lo que pensaba su subconsciente en unas ondas alfa de tan baja frecuencia que hasta yo las capté. Lady Mawgon se revolvió en su asiento para lanzarle una mirada.

—Guárdate tus pensamientos, jovencito.

Moobin pensó algo dirigido a Lady Mawgon, pero en unas ondas alfa de frecuencia tan alta que solo ella lo oyó. No tengo ni idea de lo que pensó: lo único que sé es que Lady Mawgon exclamó «¡Pero bueno!» en un tono de lo

más altivo y, luego, muy ofendida, se puso a mirar por la ventanilla.

Suspiré. Así era mi vida.

De los cuarenta y cinco brujos, teletransportadores, adivinos, magos transformistas, traficantes de climas, pilotos de alfombra voladora e ilusionistas varios de Kazam, muchos estaban tachados de la lista ya fuera porque padecían algún que otro achaque, porque estaban locos o porque habían perdido –o bien sufrido alguna lesión grave– en el importantísimo dedo índice, lo cual podía deberse a un accidente o a la artritis reumatoide. De esos cuarenta y cinco, trece poseían la capacidad potencial de trabajar, pero solo nueve tenían la licencia en vigor: dos pilotos de alfombra voladora, un par de adivinos y, lo más importante de todo, cinco brujos legalmente autorizados a poner en práctica «Encantamientos». Lady Mawgon era sin duda la más gruñona y, seguramente, también la más hábil. Igual que todos los demás, a lo largo de las tres últimas décadas había visto cómo sus poderes se iban debilitando sin remedio; pero, a diferencia de los demás, no había llegado a aceptarlo. También es cierto que ella había caído desde más alto, aunque en realidad eso no era excusa: las hermanas Karamázov también se habían beneficiado en otros tiempos del favor de la realeza y, en cambio, tenían un carácter tan dulce como una tarta de albaricoque. Estaban las dos como regaderas, eso es verdad, pero eran muy simpáticas.

Mawgon me habría inspirado más lástima de no ser porque siempre ponía las cosas muy difíciles. Mostraba hacia mí una actitud amenazante que me hacía sentir ridícula e incómoda y casi nunca dejaba pasar la oportunidad, si se le presentaba, de ponerme en mi sitio. Y desde la desaparición de Mister Zambini, la cosa había ido a peor, no a mejor.

–Quark –dijo la quarkimaña.

–¿Era necesario traer a la alimaña esa? –preguntó Full Price.

–Se ha colado en el coche cuando he abierto la puerta.

La quarkimaña bostezó y dejó a la vista varias hileras de colmillos afilados como cuchillas. A pesar de que las quarkimañas solían tener un carácter pacífico, el aspecto feroz del pobre bicho era la causa de que nadie olvidara del todo una cuestión fundamental: que existía la posibilidad de que el animal aprovechara algún despiste para atacar a alguien y arrancarle a mordiscos alguna parte del cuerpo. Si la quarkimaña era consciente de ese hecho, no lo demostraba. Es más, diría que no tenía ni la más remota idea de su aterrador aspecto, motivo por el cual seguramente no entendía que la gente, al verla, huyera gritando.

–Incumpliría mis deberes como directora en funciones de Kazam –empecé a decir, en un intento de conseguir que los brujos dejaran a un lado sus rencillas y se concentraran en el trabajo en equipo– si no os recordara lo importante que es este trabajo. Mister Zambini siempre decía que tenemos que adaptarnos para sobrevivir y, si hoy lo hacemos bien, es muy posible que consigamos aprovechar un mercado muy lucrativo, que necesitamos con desesperación.

–¡Ja! –dijo Lady Mawgon.

–Tenemos que estar todos bien *afinados* y listos para empezar el trabajo con energía –añadí–. Le dije al señor Digby que a las seis de la tarde ya habríamos terminado.

Nadie protestó. Creo que todos conocían de sobras la situación. A modo de silenciosa respuesta, Lady Mawgon chasqueó los dedos y la caja de cambios del Volkswagen, que hasta ese momento hacía unos ruiditos que me daban muy mala espina, enmudeció. Si Mawgon podía sustituir los cojinetes de la caja de cambios mientras el motor estaba en marcha, es que estaba afinada de sobras.

Llamé a la puerta de una casa de ladrillo rojo situada al final del pueblo y me abrió un hombre de mediana edad y rostro rubicundo.

–¿Señor Digby? Me llamo Jennifer Strange. Soy la directora en funciones de Kazam, y vengo en sustitución de Mister Zambini. Hemos hablado por teléfono.

Me miró de arriba abajo.

–Pareces un poco joven para dirigir una agencia.

–Tengo dieciséis años –dije en un tono de lo más cordial.

–¿Dieciséis?

–Dentro de dos semanas cumplo dieciséis, sí.

–Entonces, ¿en realidad tienes quince?

Reflexioné durante un momento.

–Estoy en mi decimosexto año.

El señor Digby entornó los ojos.

–Y entonces, ¿no tendrías que estar en el colegio o algo así?

–Servidumbre de aprendizaje –respondí alegremente, tratando de esquivar el desdén que la mayoría de los ciudadanos libres sentían por la gente como yo. Me había criado con las integrantes de la Hermandad, que me había vendido a Kazam cuatro años antes. Aún me quedaban dos más de trabajo no retribuido antes de poder *plantearme* siquiera la posibilidad de solicitar el primer formulario, que me conduciría, catorce niveles de papeleo y burocracia más tarde, a la libertad.

–Servidumbre de aprendizaje o no –respondió el señor Digby, que no se arredraba fácilmente–, ¿dónde está Mister Zambini?

–Se encuentra indispuerto en estos momentos –respondí, tratando de sonar lo más madura posible–, por lo que he asumido temporalmente sus funciones.

–¿Que has asumido temporalmente sus funciones? –repitió–. ¿Por qué ella y no uno de ustedes?

Se había dirigido a los tres brujos, que aguardaban junto al coche.

–La burocracia es para el populacho –replicó Lady Mawgon en tono despótico.

–Yo ando muy liado y el papeleo agrava mis ya incipientes entradas –dijo Full Price.

–Confiamos en Jennifer –terció el Mago Moobin, quien tal vez apreciaba mi tarea más que los otros– y es cierto que los exósitos maduran antes que el resto de los mortales. ¿Podemos empezar?

–Muy bien –contestó el señor Digby. Hizo una larga pausa, durante la cual nos fue observando alternativamente a los cuatro con una mirada que parecía querer decir «prefiero aplazarlo». Finalmente, no lo aplazó, y se fue en busca de su abrigo y su sombrero–. Pero hemos quedado en que a las seis ya habrían terminado, ¿verdad?

Le dije que así era, de modo que el hombre me entregó las llaves y, tras dar un rodeo para evitar cruzarse con la quarkimaña, subió a su coche y se marchó. No era buena idea tener a civiles rondando por allí cuando se estaba realizando algún trabajo de brujería. Hasta los encantamientos más sólidos liberaban filamentos de magia que, en el caso de depositarse sobre el público en general, podían causar estragos. De todas formas, jamás había ocurrido nada grave: que a alguien le habían crecido de golpe los pelos de la nariz, que alguien se había puesto a gruñir como los cerdos o que a alguien, de repente, el pipí le salía azul... cosas así. Los efectos desaparecían enseguida, pero era mala publicidad... y, por otro lado, el fantasma de las denuncias –o cosas peores– nunca andaba muy lejos de nuestros pensamientos.

–Bueno –les dije a los tres–, todo vuestro.

Los tres magos intercambiaron una mirada y luego observaron aquella casa de la periferia.

–Yo solía conjurar tormentas –dijo Lady Mawgon, con un suspiro.

–Como si fueras la única... –respondió el Mago Moobin.

–Quark –dijo la quarkimaña.

Me alejé del sitio en que los tres brujos estaban comentando por dónde debían empezar. Ninguno de los tres había renovado antes, mediante un hechizo, la instalación eléctrica de una casa, pero después de reconfigurar el directorio raíz en ARAMEO, el lenguaje común de los hechizos, se descubrió que era factible llevar a cabo tal proyecto y con relativa facilidad, siempre y cuando los tres unieran sus recursos. La idea de introducirse en el mercado de las mejoras domésticas había sido de Mister Zambini: encantar topos de jardín, redimensionar objetos para la industria del autoalmacenaje y buscar objetos perdidos eran tareas sencillas, pero por desgracia no daban mucho dinero. Renovar una instalación eléctrica, en cambio, era muy distinto. A diferencia de los electricistas normales y corrientes, nosotros no teníamos que tocar la casa para realizar el trabajo. Ni ensuciábamos ni dábamos problemas, y terminábamos la faena en menos de un día.

Me quedé sentada en el interior del Volkswagen para estar cerca del radioteléfono del coche, al cual había pedido que me desviarán cualquier llamada que se recibiera en la oficina. Yo no era solo la directora de Kazam: también era la recepcionista, la agente de contratación y la contable. Tenía que velar por los cuarenta y cinco brujos a mi cargo, vérmelas con el destartalado edificio en el que vivían todos ellos y rellenar los numerosos formularios que la Ley de Poderes Mágicos (y sus enmiendas, 1966) exigía para poner en práctica cualquier hechizo, por pequeño que fuera. La razón por la que me encargaba de todo era triple: en primer lugar, el Gran Zambini no podía hacerlo porque había desaparecido; en segundo lugar, llevaba desde los doce años en Kazam; y, en tercer lugar, nadie más quería hacerlo.

El radioteléfono emitió un pitido.

–Agencia Kazam –dije, con mi voz más jovial–, ¿puedo ayudarle?

–Eso espero –me respondió, al otro lado, una tímida voz de adolescente–. ¿Tienen algo para conseguir que Patty Simcox se enamore de mí?

–¿Qué tal las flores? –le pregunté.

–¿Flores?

–Claro. Ir al cine, contar unos cuantos chistes. Ir a cenar o a bailar, un poco de loción Bodmin para el afeitado...

–¿Loción Bodmin para el afeitado?

–Claro. ¿Te afeitas?

–Una vez por semana –contestó el muchacho–. Se está convirtiendo en una lata, la verdad. Pero, oiga, yo creía que sería más fácil...

–Podríamos hacer algo, sí, pero entonces no sería Patty Simcox. Solo un trocito de ella, la parte más maleable. Sería como tener una cita con el maniquí de una modista. Es mejor no interferir en las cuestiones de amor. Si quieres un consejo, lo ideal es que lo intentes por el método tradicional.

La voz del teléfono pareció quedarse muda, pero lo único que ocurría era que el muchacho estaba tratando de asimilar mis consejos.

–¿Qué clase de flores?

Le hice unas cuantas sugerencias y le di las direcciones de varios restaurantes buenos. Él me dio las gracias y a continuación colgó. Dirigí entonces la mirada hacia donde se hallaban el Mago Moobin, Lady Mawgon y Full Price, que estaban contemplando la casa para hacerse una idea. La brujería no consistía únicamente en murmurar un hechizo y lanzarlo: era más bien cuestión de calibrar el problema, programar varios encantamientos para conseguir un mayor efecto y, en último lugar, lanzar un hechizo. Los tres brujos se hallaban aún en la fase de «calibrar el problema», que por lo general requería observar durante un

buen rato, tomar el té, debatir, discutir, debatir de nuevo, tomar más té y seguir observando.

El radioteléfono emitió otro pitido.

—¿Jenny? Soy Perkins.

Perkins el Joven era el brujo más joven de Kazam. Lo habíamos reclutado durante un inusual momento de estabilidad financiera y estaba realizando una especie de aprendizaje informal. Su especialidad era la Sugestión a Distancia, aunque no se puede decir que se le diera precisamente bien. En una ocasión había intentado que simpatizáramos más con él enviando, en ondas alfa de baja frecuencia, una sugestión general que venía a decir «¡Soy el mejor!», pero se le había mezclado con la sugestión de que hacía trampas cuando jugaba al Scrabble. Y luego se preguntaba por qué todo el mundo lo miraba y sacudía la cabeza con aire triste. La verdad es que había sido muy divertido hasta que se habían pasado los efectos, aunque no para él, claro. Puesto que teníamos más o menos la misma edad, congeniábamos bastante y la verdad es que a mí me caía bien. Pero dado que podía tratarse simplemente de una sugestión que él mismo hubiera generado, yo no tenía forma de saber si era verdad que me caía bien o no. Así, a pesar de que solía pedirme que quedáramos para ir al cine, tomar el té o contemplar la llama de gas de la refinería al ponerse el sol, nunca habíamos pasado de intercambiar un cordial «Hola, ¿qué tal?» cuando coincidíamos.

—Hola, ¿qué tal, Perkins? —le dije—. ¿Has conseguido que Patrick se vaya a trabajar a su hora?

—Más o menos. Pero creo que le está dando otra vez al mazapán.

Eso me preocupó. Patrick de Ludlow era un teletransportador. Aunque no se podía decir que tuviera una mente brillante, era amable y generoso, y poseía un don especial para la levitación. Se dedicaba a mover coches mal aparcados para la unidad municipal de cepos, lo cual su-

ponía unos ingresos regulares para Kazam. Era un trabajo muy duro –de veinticuatro horas que tenía el día, Patrick se pasaba catorce durmiendo– y lo del mazapán se remontaba a una época oscura de su vida de la cual no quería hablar.

–Bueno, ¿qué ocurre?

–La Hermandad ha enviado a tu sustituto. ¿Qué quieres que haga con él?

Ya hacía bastante que me preguntaba cuándo iba a producirse tal acontecimiento. Era costumbre que la Hermandad proporcionara a Kazam un nuevo expósito cada cuatro años, pues llevaba mucho tiempo conseguir que alguien adquiriera el excepcional conjunto de aptitudes y el relativamente flexible concepto de la realidad necesarios para el *management* de Artes Místicas, así que el índice de alumnos que abandonaban los estudios era muy alto. Sharon Zoiks había sido la cuarta expósita, yo la sexta y el nuevo sería el séptimo. De la quinta expósita no hablábamos.

–Mételo en un taxi y mándamelo. No, no me hagas caso. Sería muy caro. Dile a Nasil que me lo alfombré hasta aquí. Las precauciones de costumbre. Caja de cartón y eso.

–Desde luego. Por cierto, tengo dos entradas para ver a sir Matt Griffon en concierto. ¿Te apetece ir?

–¿Con quién?

–¿Cómo que con quién? Pues *conmigo*, claro.

–Me lo pensaré.

–Vale –dijo. Murmuró no sé que historia de que conocía por lo menos a una docena de personas que matarían, literalmente, por ver en directo a sir Matt, el rey de la canción, y luego colgó.

La verdad es que me apeteecía muchísimo ver a sir Matt Griffon en concierto. Aparte de ser uno de los favoritos del rey Snodd, era un cantante de cierto renombre y un tipo muy apuesto, de esos de rostro alargado y larga mele-